

cielo para mayor desgracia suya; pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien sois que me dejéis aquí encerrada, y no permitáis que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcáis á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio.

—Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia.

—¿Teneis más que decir, don Antonio?—preguntó don Juan.

—Pues, ¿no os parece que he dicho hartó,—respondió don Antonio,—pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto?

—El caso es extraño sin duda,—dijo don Juan;—pero oid el mio.

Y luego le contó todo lo que le habia sucedido, y cómo la criatura que le habian dado estaba en casa en poder de su ama, y la orden que le habia dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo ménos socorriesen la presente necesidad; y dijo más, que la pendencia que él venia á buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se habia hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la riña debían de ser gentes de prendas y de gran valor.

Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que habia menester la encerrada.

En el camino dijo don Antonio á don Juan que él habia prometido á aquella señora que no la dejaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa.

No importa nada,—respondió don Juan,—que no faltará orden para verla, que ya lo deseo en extremo, segun me la habeis alabado de hermosa.

Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenían, alzó los ojos don Antonio al sombrero que don Juan traía, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salían de muchos que en un cintillo riquísimo traía. Miráronle entram-

bos; y concluyeron que si todos eran finos, como parecían, valía más de doce mil ducados.

Aquí acabaron ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, porque era conocido.

Mandaron retirar los pajes, y don Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas.

Don Juan, con el deseo que tenía de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbré de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo:

—Entrad, señor duque, entrad; ¿para qué me quereis dar con tanta escasez á el bien de vuestra visita?

A esto dijo don Antonio:

—Aquí, señora, no hay ningun duque que se excuse de veros.

—¿Cómo no?—replicó ella; el que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero.

—En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningun duque; y si quereis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que entre.

—Entre enhorabuena,—dijo ella,—aunque si no fuese el duque, mis desdichas serian mayores.

Todas estas razones habia oido don Juan, y viendo que tenía licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo:

—¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego, sin tenerme más suspensa: ¿conoceis el dueño de ese sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envia de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son estos! ¡Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin tí encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentiles-hombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida!

—Sosegaos, señora,—dijo don Juan,—que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agra-

vio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los españoles; y pues nosotros los somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece.

—Así lo creo yo,—respondió ella;—pero con todo eso, decidme, señor, ¿cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo ménos es Alfonso de Este, duque de Ferrara?

Entonces don Juan, por no tenerla más suspensa, le contó cómo le había hallado en una pendencia, y en ella había favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decía, sin duda debía de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia había perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le había dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se había concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que despues de acabada había llegado gente, que al parecer debían de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el duque, el cual le había pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le había dado: de manera, señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decís, no há una hora que le dejé bueno, sano y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendréis con saber del buen estado del duque.

—Para que sepais, señores, si tengo razon y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó lo entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera como don Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que quería comenzar su historia, lloró la criatura de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó más distintamente el llanto de la criatura, y dijo:

—Señores míos, ¿qué criatura es aquella que parece recién nacida?

Don Juan respondió:

—Es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar.

—Tráiganmele aquí, por amor de Dios,—dijo la señora,—que yo haré esa caridad á los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios.

Llamó don Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedía, y púsosele en los brazos, diciendo:

—Ved aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan que no hallamos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos.

Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente así el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venia envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, cuanto el niño no quiso dejar el pecho.

En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mamaba; pero no era así, porque las recién paridas no pueden dar el pecho, y así, cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á don Juan, diciendo:

—En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el día, y ántes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle.

Volvió el niño don Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el día, y que le pusiese las ricas mantillas con que le había traído, y que no le llevase sin primero decírselo.

Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo:

—Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello.

Acudió prestamente don Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo:

—Sentaos, señores, y escuchadme.

Hiciéronlo ansi, y ella, recogíendose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traía, dejando el rostro exento y descubierta, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando más hermoso y más claro se muestra.

Llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselas con un lienzo blanquísimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura.

Finalmente, despues de haber dado muchos suspiros, y despues de haber procurado sosegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada, dijo:

—Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oído nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efecto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que más confiaba de mi honrada condicion, que de la solicitud que ponía en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañada no más que de mis criadas, fui creciendo, y juntamente conmigo creció la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que, como él decía, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion, si no sucediera venir el duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia, donde me llevó mi her-

mano con sana intencion y por honra de mi parienta: allí miré y fui vista; allí, segun creo, rendí corazones, avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas; allí, firtalmente, ví al duque y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo.

»No os quiero decir, señores, porque sería proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el duque y yo vinimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacieron; porque ni guardas, ni recátos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fué bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser debajo de la palabra, que él me dió, de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa presuncion mia: mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linaje Bentibolli á la suya Estense.

»A esto me respondió con excusas que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia, más blanda á las dádivas y promesas del duque, que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion, al cabo de pocos dias me sentí preñada, y ántes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre), me fingí enferma y melancólica, y hice que mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima, de quien habia sido padrino el duque: allí le hice saber en el término en que estaba y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenía de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acuerdo entre los dos que en entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendría por mí con otros amigos suyos, y me llevaria á Ferrara, donde en la sazón que esperaba se casaria públicamente conmigo: esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres, al parecer armados, segun les crujian las ar-

mas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño.

»Aquella criada mia, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que no los que tiene la que á vuestra puerta echaron; y saliendo á la puerta de la calle, la dió, á lo que ella dijo, á un criado del duque. Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor que pude (segun la presente necesidad), salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegára á la puerta; mas el miedo que me habia puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso; y asi desatentada y loca salí donde me sucedió lo que habeis visto: y aunque me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traído á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y más de la vuestra, que la sabréis realzar por ser tan nobles como pareceis.

Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y díjole D. Juan:

—Si hasta aquí, hermosa señora, yo y D. Antonio, mi camarada, os tenemos compasion y lástima por ser mujer, ahora que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasion pasa á ser obligacion precisa de serviros: cobrad ánimo y no desmayeis, y aunque no acostumbra á semejantes casos, tanto más mostraréis quién sois, cuanto más con paciencia supiéredes llevarlos: creed, señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostaos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habeis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podeis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades.

—Tal es la que tengo, que á cosas más dificultosas me obliga,—respondió ella;—éntre, señor, quien vos quisiéredes, que encami-

nada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere; pero con todo eso os suplico que no me vea mas que vuestra criada.

—Así será,—respondió D. Antonio.

Y dejándola sola se salieron, y D. Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto.

El ama dijo que si, y que ya estaba de la misma manera que él la habia traído.

Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro le preguntase.

En viéndola Cornelia, le dijo:

—Vengais en buen hora, amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela.

Hízolo así el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama:

—Decidme, señora, ¿este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno?

—Sí, señora,—respondió el ama.

—Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas?—replicó Cornelia:—en verdad, amiga, que me parece ó que éstas son otras mantillas, ó que ésta no es la misma criatura.

—Todo podia ser,—respondió el ama.

—Pecadora de mí,—dijo Cornelia,—¿cómo todo podia ser? ¿cómo es esto, ama mia? que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis: digo que me digais ¿de dónde habeis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ó otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: ¿quién se las quito? ¡ay, desdichada! y ¿quién las trujo? ¡ay sin ventura!

D. Juan y D. Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que más adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas más la tuviese en pena, y así entraron, y D. Juan le dijo: